

## 21) “Sean servidos como a Cristo en persona”

En la Regla, los que nos da el vivir en unidad la relación con Dios y las relaciones humanas es el reconocer la presencia del Señor Jesucristo.

El comienzo del capítulo 36, como hemos visto, lo expresa de una manera clara; lo repito: “Ante todo y sobre todo lo demás, ha de cuidarse de los enfermos, de tal manera que se les sirva como a Cristo en persona, porque él mismo dijo: «Estuve enfermo, y me visitasteis»; y: «Lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis»” (36,1-3). Lo absoluto del precepto: “Nada absolutamente antepondrán a Cristo” del capítulo 72, se aplica aquí a los enfermos, con la misma insistencia sobre la palabra “todo”: el *omnino* del capítulo 72 es aquí *ante omnia et super omnia*.

Por otra parte, sabemos que san Benito hace referencia explícita a la parábola del Juicio final de Mateo 25 para fundamentar la acogida de los huéspedes. A todos los huéspedes que se presenten en el monasterio ha de acogerseles como a Cristo, porque él dirá un día: “Fui huésped, y me acogisteis” (53,1). Es precisamente en este capítulo 53 donde san Benito nos pide, entre otras cosas, mostrar a los huéspedes “toda la humanidad posible – *omnis ei exhibeatur humanitas*» (53,9).

Detrás de esta última expresión, ¿cómo no percibir en la imaginación de Benito la imagen del buen Samaritano que hace todo lo posible para ser el prójimo, el hospedero y amigo del hombre herido por los bandidos?

Por lo tanto, bien se trate de los enfermos de la comunidad o de los huéspedes que se presentan a la puerta, la fe que reconoce en ellos a Cristo se muestra por la humanidad que se tiene al acogerlos. La fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, se reconoce por la humanidad con la que acogemos y cuidamos de nuestros hermanos y hermanas. Porque, en el fondo, se trata en todos estos casos de acoger y cuidar; lo que significa acoger de verdad, concretamente; lo que significa acoger al otro por lo que es, en el estado en que se encuentra, en la necesidad por la que pasa o que encarna. En la lógica del amor, el otro, el prójimo, se define por su necesidad, por su angustia, por su debilidad, no tanto como una carencia, como una situación negativa de su persona, sino más bien en cuanto interrogante que interpela mi responsabilidad y mi amor.

Viviendo pobremente en medio de nosotros, sufriendo el abandono y la Pasión hasta la muerte en Cruz, Jesús se ha colocado definitivamente en la debilidad y en la necesidad humana, y es desde allí desde donde Él nos llama y nos mueve a cada uno de nosotros al amor.

Citando Mateo 25 para ilustrar la situación de la enfermedad de los hermanos, así como la de un extraño que pide ser acogido en el monasterio, san Benito nos hace comprender que en ambos casos entra en juego un mismo misterio. Cada vez se trata de abrirnos a una situación de necesidad de los demás que no habíamos previsto, para la que no estamos preparados. Ninguno puede prever cuándo puede sobrevenir una enfermedad, y cuándo la misma puede poner a un hermano en un estado de dependencia de la ayuda de los demás. Esto vale también para los huéspedes, incluidos los que han avisado y que conocemos; no sabemos realmente con anticipación qué pueden necesitar en aquel momento de su vida. Pero estos dos ejemplos de necesidad resumen todos los demás, y cada ser humano que Dios pone en nuestro camino es un peregrino enfermo y herido que tendrá siempre necesidad

de amor. Y nosotros mismos somos este peregrino para los demás que nos encuentran a lo largo del camino, comenzando por los miembros de nuestra comunidad. Y este peregrino herido, sediento de amor, que depende de nuestro amor para vivir y ser feliz, es Jesús, siempre es Cristo, es solamente Cristo, Él, que “es todo en todos” (Col 3,11).

Aún más, se da una dimensión de este encuentro con el prójimo, que es el peregrino herido, en la que no pensamos suficientemente, sobre todo en las situaciones concretas en las que esto sucede: es la dimensión que definiría “eucarística”, en el sentido literal del término: la dimensión de la acción de gracias, del agradecimiento. Nosotros, o al menos yo, normalmente, cuando pensamos en la presencia de Cristo en el prójimo necesitado, es como si pusiéramos perfume sobre el estiércol. Utilizamos este pensamiento para “desodorizar” el encuentro, para embellecer el servicio que nos pide, la caridad que sentimos el deber de cumplir. Es un esfuerzo de imaginación, que, por otra parte, no es fácil y duradero, como para tratar de ignorar los aspectos pesados del asunto.

Pues bien, no: no es esto lo que nos hace convertirnos de verdad en el prójimo del otro, del pobre, en Cristo. No es suficiente un pensamiento devoto para reconocer a Jesús en el otro, en el enfermo, en el extranjero, en el peregrino, en el hermano herido. Un pensamiento devoto, una pía inspiración, no podrán ser más fuertes y más poderosas de lo que nos puede repugnar del otro, o, cuando menos, cansar. No serán sobre todo más fuertes que nuestro egoísmo, que nuestro deseo interesado, de sacar provecho a través de lo que hacemos por el otro.

Ahora bien, precisamente Jesús no nos ha dicho: “Cada vez que hacéis esto con uno de estos, mis humildes hermanos, *es como si* a mí me lo hicierais”, sino que dice: “a mí me lo hacéis” (Mt 25,40). Solo si Jesús está presente para nosotros en el otro, será posible la caridad, incluso si los sentimientos del corazón fuesen con frecuencia incapaces de experimentar hacia el otro un verdadero afecto, un amor de verdad gratuito. .

¿Y cómo el reconocimiento de Jesús en el prójimo se hace para nosotros fuente y fuerza de caridad hacia él? Viviendo en nosotros la acción de gracias. Si reconocemos en el otro una presencia real de Cristo, nuestra reacción debería ser primero de todo la gratitud. En efecto, Jesucristo no se hace presente en el prójimo en dificultad solo para exigir nuestro servicio y nuestro amor: lo hace sobre todo para amarnos, para darse a nosotros. La presencia de Cristo es siempre un don gratuito que nunca merecemos. La acogida del pobre se convierte en acogida del don de Cristo, coincide con la acogida de Cristo. Cristo se da a nosotros a través del hermano que pide nuestro don, nuestro servicio, el perder nuestra vida.

De esto no puede más que nacer la acción de gracias. Y aquí se conjugan los dos sentidos, el sentido literal y el sentido sacramental, de la Eucaristía: acción de gracias y presencia real de Cristo. San Benito es consciente de esto, y nos enseña a vivir en la acción de gracias la caridad y el servicio al prójimo. Cuanto más necesitado está el prójimo, tanto más se encuentra Cristo presente en él, y esto ha de llenarnos de gratitud.

La Regla nos enseña de esta forma a acoger la necesidad del otro como un don.